

El rescate de Lima en marcha

César **COLOMA PORCARI**

Parece un sueño caminar por el remozado pasaje Santa Rosa (Paseo de los Escribanos), con las nuevas cafeterías y dulcerías llenas de alegres comensales y la surtida librería abarrotada de ávidos lectores y compradores. Las mesitas ubicadas en el mismo pasaje permiten ofrecerle un lugar más ameno al cliente, el que puede deleitarse admirando, por un lado, la gran fachada principal de la catedral, en la plaza mayor, y por el otro, el decimonónico palacio del Correo, ubicado en la calle del mismo nombre.

Esto es una prueba más de que el rescate del centro histórico de nuestra ciudad está en marcha, aunque, si bien se ha avanzado de una manera notable, aún queda mucho por hacer.

Por ejemplo, en cuanto al pavimento de las calles de la vieja Lima, ya que todavía no han sido repuestos los adoquines de piedra que deberían tener todas sus pistas o calzadas.

Lamentablemente los adoquines originales de las calles principales fueron robados o destruidos en los años treinta, aunque subsistían hasta hace unas décadas en varias áreas apartadas. Pero en los últimos años, han desaparecido, no salvándose ni siquiera los de la Quinta Heeren, que también fueron hurtados para colocar en su lugar vulgares pistas de asfalto, destrozando el carácter y estética de ese monumento nacional.

Lo mismo ocurrió con los adoquines de la pequeña calle Rinconada de Santo Domingo, que deben haber ido a parar a algún basurero o a nuevas residencias de Monterrico, donde sí son apreciados.

Y, aunque parezca mentira, los últimos adoquines que nos quedan en Lima corren hoy peligro de ser destruidos, a pesar de que en **El Comercio**, del jueves 18 de diciembre de 1997, página A-1, advertimos a las autoridades encargadas de la defensa de nuestro

patrimonio cultural que, luego de la limpieza de la zona del Mercado Central y el retiro de las covachas de las calles, había aparecido una cuadra totalmente pavimentada con adoquines de piedra auténticos.

Nos referíamos a la cuadra 10 del "Jirón Andahuaylas", la antigua calle del General, en la que los adoquines cubren una superficie de aproximadamente mil metros cuadrados, pero pasan desapercibidos por estar cubiertos con mugre y desmonte, utilizándose este espacio como área de estacionamiento..

Pero nada se ha hecho, y hoy se pretende, también, destruir para siempre estos adoquines, como lo señala un destartalado letrero de grandes dimensiones colocado en ese lugar, que anuncia que la Municipalidad de Lima va a construir nuevas pistas y veredas. ¡Dios nos coja confesados!

Es penoso recordar que en nuestro país, en las últimas décadas, han venido primando los gustos y costumbres por el cemento, plástico y purpurina.

Y esta cursilería generada en Lima es copiada y aumentada en el interior del país, donde muchos alcaldillos, para contentar a sus vecinos, quieren convertir sus pueblos y ciudades monumentales en remedos paupérrimos de lo que ellos creen es Miami o Nueva York.

Lo que se hace en Lima se copia en provincias. Por ello las autoridades limeñas deben ser doblemente cuidadosas cuando realicen obras públicas, ya que lo que construyan va ser repetido hasta en las aldeas más remotas, porque el común de la gente cree que ello es

un símbolo de prestigio y desarrollo, y así cada día desaparecen más calles y plazas empedradas y son reemplazadas por cemento, y demuelen iglesias y casonas para levantar espantosas moles de ventanas redondas, techos volados y cubiertos con mayólica de colores.

Hay que continuar con el exitoso y notable rescate del centro histórico limeño salvando los últimos adoquines que nos quedan. Los vecinos cultos de Lima y los de todos los pueblos del interior lo van a agradecer.

